

un Mundo Verde

(Por Eduardo Milewicz) "Todo negocio es una mierda", decía mi padre. También decía que es bueno tener dinero propio y que existen muchas formas de ser famoso. Y que entre el dinero y la fama, lo mejor es el dinero, siempre y cuando sea propio. Mi padre no hablaba mucho pero sabía lo que decía porque era famoso y tenía dinero. Todavía no está muy claro si se pegó un tiro o lo mataron. A mí me da lo mismo pero a Laura no.

Desde que yo recuerdo, Laura se ocupó de mí. En mis primeros cumpleaños, ella se encargaba de recibir a los invitados y de arrojar uno por uno, todos los regalos, por el inodoro. Uno puede pensar que todas las hermanas mayores tienen sentimientos contradictorios respecto de sus hermanos. Laura no.

Laura era la preferida de papá. Desde que yo recuerdo, Laura siempre fue la preferida de todos los hombres. Y, como no tuvimos más hermanos y los parientes se nos fueron yendo, siempre fui su preferido. Mi madre murió un poco antes de que yo naciera. En realidad tuvo que haber sido después pero mi hermana, que estuvo en la sala, dice que cuando yo asomaba al mundo mi madre ya estaba muerta. Al fin y al cabo no son más que unos minutos de diferencia pero Laura sostiene que el hecho de que muriera antes y no después explica la clase de mujer que era mi madre.

Laura es mucho más atractiva por la noche. De día no está mal pero se la pasa fumando y haciendo llamadas y se preocupa tanto que su cara se deforma. Ahí es cuando más se parece a mi papá, aunque no estoy tan seguro porque yo era muy chico. Cuando le pregunto, Laura siempre responde lo mismo: "Tu padre era un viejo verde". También verde es la cara de Laura cuando se preocupa y tiene que haber alguna relación en todo esto, pero por ahora se me escapa.

De noche Laura no está. ¿A dónde va? Una vez a la semana aparece en esas revistas de ricos y famosos. Son fotos pequeñas, borrosas, ella luce atractiva junto a alguno de los que nos visitaba, antes, cuando mi papá vivía y me contaba que todos eran parientes y mi hermana se ocupaba de tirar los regalos por el inodoro.

Antes, cuando Laura se iba yo lloraba. Hasta que una vez me pescó. Ella no es muy expresiva pero igual quiso explicármelo todo. Más o menos la cosa era así: como el mundo no es un sitio seguro, nada es lo que parece, por lo tanto, no hay que aceptar regalos de desconocidos. Dijo algo más acerca del sexo de los hombres, pero mucho no entendí. Creo que lo más importante era que ya nos habíamos gastado todo el dinero.

Laura tiene formas muy complicadas de comprobar el afecto que siento por ella. Habíamos crecido juntos pero, ahora, que no teníamos dinero, se le ocurrió que ya no la quería. Le dije que estaba equivocada; ella dijo que eso no era suficiente. Yo traté de explicarle que era mi hermana y que por lo tanto me sentía obligado a quererla. Me parece que eso funcionó. Laura se metió en mi cama y me dijo que por un rato no se hablaba más.

Según tengo entendido, mi padre, a veces, también lloraba. Y eso a Laura la ponía verde. Según ella, a partir de ahora yo ya no podía llorar. También según ella, a partir de ahora yo tenía que darme cuenta de la diferencia entre un hombre y un chico. Eso es más complicado porque Laura siempre trató a los chicos como si fueran hombres y a los hombres, todos, incluyendo a mi papá, como si fueran chicos.

Y así fue como pasamos nuestra primera noche sin dinero.

BARRIO CHINO

Por Juan Martini

El Suizo es un jefe injusto y necesario. Cuando por fin me dejan en el suelo con los labios partidos y la nariz rota, la primera noche, él aparece en la calle. El Rejoneador y su cuadrilla se detienen en el Arco del Teatro, cincuenta metros más allá, y beben sin pagar cazalla de la sierra. Después cruzan la cortina de luz que divide la ciudad como una insospechable pero férrea frontera. Entonces el Suizo me pregunta si me queda claro y le digo que no. Así que me maldice, extiende un brazo, y yo me aferro a su mano y consigo levantarme. Lo sigo a través de la oscuridad. Los muros huelen a humedad y a orina de gatos.

Antes de entrar en el bar le oigo sentenciar que aquí conocer el gusto de la propia sangre es causa de respeto y bendición. Más tarde, borracho, el Suizo comienza a cantar. Su vozarrón hace temblar la lumbre. Una mujer en vela le sirve vino. Amanece, o creo que amanece. Lo cierto es que nos quedamos mucho tiempo allí, el suficiente para saber que confiar en el futuro es apostarle a un caballo manco. Pierdo el sentido. El vino es turbio y ácido. Canto. Duermo. Tengo entre las manos un plato y una cuchara, la bondadosa ración de un guiso recocido: mastico fibras de carne dura y dulce.

¿Anochece? ¿Cuándo? ¿Tres días después? Un joven albino vierte aceite en los candiles. A punto de marcharse, el Suizo ordena que se me den habitación, armas y enseres. Luego se pone en pie, ancho, pesado, y me mira con piedad. Quiere saber si ahora está claro. Inclino la cabeza y él resopla, contrariado, porque aún no estoy a salvo y a este paso nunca lo estaré; la cuadrilla del Rejoneador vuelve: hay que aceptarlo, ellos no tienen más remedio que volver.

La dueña de la pensión se llama Magda. A veces barre y tiende la cama. Desde el balcón, en el tercer piso, los días de aire limpio, puedo ver el mar entre torres, tejados y campanarios. La muerte, entonces, me sacude el corazón. Y salgo a robar malvones en los puestos de plantas del Paseo, temerosamente cerca de la frontera. Los pongo en el balcón. Espero que florezcan.

El revólver es de un hombre de la cuadrilla del Rejoneador, un tal Velázquez o Velasco, sorprendido el 23 de marzo a plena luz en la calle de las Tàpies y que agoniza bajo la lluvia, sobre una alcantarilla, durante cinco semanas. Por último muere ahogado, según se afirma, en medio de una tormenta de verano.

El Cordobés es quien me advierte que lo que hago no está bien visto en el lugar: matar a los gatos. Yo me siento en el balcón, con el sol recto, los elijo, les apunto, y les vuelo la cabeza. El primero es un gato dorado. Duerme y resulta fácil. El segundo cruza los altos de una medianera. De pronto se detiene y pienso que me ha visto. En cualquier caso el único camino que le queda es ese puente en el vacío. No disparo hasta que sigue adelante. Pero un mediodía el Cordobés se me apersona con munición, una camisa casi nueva y cigarrillos: dice el Suizo que aquí a los gatos se les respeta la vida. De modo que resuelvo hacer fuego contra las ratas, cuando los gatos les dan respiro.

Magda fríe en la cocina de los fondos de la planta baja. Todo lo que se come en la pensión, cuando se come, o se roba, por gula o necesidad, es frito. El mejor momento para aventurarse en las tinieblas de ese reino rico suele ser el alba. En las alacenas yacen, por ejemplo, apetitosos restos de filetes o moluscos rebozados: carnes de agua salada, delicias aisladas que enjuagan las grasas saturadas de los guisados del bar. El tema es que Magda, después de un asalto oprobioso, se abstiene de freír una semana.

El Suizo nos convoca a la Plaza. Se le ve una costura reciente, tierna y rojiza, en el brazo derecho. Que no se le pregunte de dónde lo saca porque lo sabe y eso basta: el Rejoneador organiza una caza de coreanos. Ya mismo se alzan barricadas, se mantienen las armas despiertas, se abren bien los ojos. Apenas vuelve la noche, el Cordobés, Schmidt, Magda y yo cruzamos el Arco del Teatro. Nos llevamos seis bancos del Paseo. Madera y fierros para fortificar las puertas de la pensión. Hoy, alegre y vivificada, Magda fríe en la cocina calamaretes asturianos. Es una buena mujer.

El combate con la cuadrilla del Rejoneador resulta desparejo. Perdemos para siempre al Chúcaro y a Gonzalo, un chaval tempestivo aunque escaso de fogueo, y se nos llevan a la rastra a un viejo indefenso, andaluz y hervíboro. Pero los coreanos siguen aquí. A Sung se le escapan las lágrimas. El Suizo lo abraza, le acaricia la cabeza. El Rejoneador no es dios, dice, y Sung, conmovido, le besa las manos.

El cumpleaños de la Japonesa se festeja en la sala de baile Villa Rosa. Es una fecha inolvidable. A falta de oradores de prosapia y de poetas, el Cordobés toma la palabra y afirma que gracias a su temple indeclinable la Japonesa es un espejo heroico. Ella pone sus pies en esta misma sala en el año 1907 y no hay leyes ni hombres capaces de arrancarla de la historia de nuestras calles. Schmidt toca el piano y la gente baila. La tarta es especialidad de Dolores, gallega y carterista retirada por obra de las circunstancias: un bizcochuelo cubierto con crema montada y chocolate. Como fin de fiesta el Suizo autoriza que se sirvan confites, mazapán y anís: no en vano la Japonesa cumple ciento once años.

Mientras termina de plantear "El beneficio de la duda" –quinta estación de lo que ya podría llamarse con justicia "Saga Minelli"–, Juan Martini rescató el presente relato donde, sí, se vuelve al primer amor y vencen las prácticas de la serie negra por sobre las teorías de lo metaficcional.

En el crepúsculo del 30 de setiembre don Alejo, fusilero de montaña condecorado por su arrojo, tiene un encuentro desdichado. Se topa inesperadamente con hombres del Rejoneador ebrios
y perdidos en busca de mancebía. Le bajan
dos muelas y le matan un ojo a golpes de po
rras y culatas. Se redoblan la vigilancia nocturna y las guardias invisibles en las calles de acceso.

El Lobito, ahora, con la mirada transpues
ta, le saca punta a un palo con un cuchillo ca
tellano. Tiene miedo y escupe. De una venta
na, enfrente, salen murciélagos. No por m
aclara para que no me confunda, sino por ell
El Suizo no ha dicho aún la última palabr
pero es como si lo hubiese hecho. El episodi
tiene origen cuando ella se enamora de u
hombre, afuera, y vive desde ese instante ena
jenada en la pasión. Pero el tío, dice el Lob
to, resulta pura y simplemente un chulo y el
en un rapto lo cose a puñaladas. Así que el R
joneador exige que le sea entregada sin resi
tencia. Y se la entregaremos, porque en es
el Suizo viene a ser tan inclemente como
cuadrilla. Una cosa es vivir acá y otra cosa s
los crímenes. El Lobito habla y me revela l
leyes que no se escriben. Ella es su herman
Lucía: hoy las chicas son guerreras, recuer
con tristeza el Lobito la canción que hace f
moso en los discos al rey del pollo frito, u
lumpen vallecano venido a más y modern
con el rock nacional. El Suizo es injusto,
queja el Lobito a lo largo de la guardia q
nos toca sin luna. De mañana es más fácil cr
zar la frontera, internarse en el Paseo, confu
dirse con los ciudadanos y con los turistas, v

BARRIO CHINO

Por Juan Martini

Mientras termina de plantear “El beneficio de la duda” –quinta estación de lo que ya podría llamarse con justicia “Saga Minelli”–, Juan Martini rescató el presente relato donde, sí, se vuelve al primer amor y vencen las prácticas de la serie negra por sobre las teorías de lo metaficcional.

El Suizo es un jefe injusto y necesario. Cuando por fin me dejan en el suelo con los labios partidos y la nariz rota, la primera noche, él aparece en la calle. El Rejoneador y su cuadrilla se detienen en el Arco del Teatro, cincuenta metros más allá, y beben sin pagar cazalla de la sierra. Después cruzan la cortina de luz que divide la ciudad como una insospechable pero férrea frontera. Entonces el Suizo me pregunta si me queda claro y le digo que no. Así que me maldice, extiende un brazo, y yo me aferro a su mano y consigo levantarme. Lo sigo a través de la oscuridad. Los muros huelen a humedad y a orina de gatos.

Antes de entrar en el bar le oigo sentenciar que aquí conocer el gusto de la propia sangre es causa de respeto y bendición. Más tarde, borracho, el Suizo comienza a cantar. Su vozarrón hace temblar la lumbre. Una mujer en vela le sirve vino. Amanece, o creo que amanece. Lo cierto es que nos quedamos mucho tiempo allí, el suficiente para saber que confiar en el futuro es apostarle a un caballo manco. Pierdo el sentido. El vino es turbio y ácido. Canto. Duermo. Tengo entre las manos un plato y una cuchara, la bondadosa ración de un guiso recocido: mastico fibras de carne dura y dulce.

¿Anochece? ¿Cuándo? ¿Tres días después? Un joven albino vierte aceite en los candiles. A punto de marcharse, el Suizo ordena que se me den habitación, armas y enseres. Luego se pone en pie, ancho, pesado, y me mira con piedad. Quiere saber si ahora está claro. Inclino la cabeza y él resopla, contrariado, porque aún no estoy a salvo y a este paso nunca lo estaré; la cuadrilla del Rejoneador vuelve: hay que aceptarlo, ellos no tienen más remedio que volver.

La dueña de la pensión se llama Magda. A veces barre y tiende la cama. Desde el balcón, en el tercer piso, los días de aire limpio, puedo ver el mar entre torres, tejados y campanarios. La muerte, entonces, me sacude el corazón. Y salgo a robar malvones en los puestos de plantas del Paseo, temerosamente cerca de la frontera. Los pongo en el balcón. Espero que florezcan.

El revólver es de un hombre de la cuadrilla del Rejoneador, un tal Velázquez o Velasco, sorprendido el 23 de marzo a plena luz en la calle de las Tàpies y que agoniza bajo la lluvia, sobre una alcantarilla, durante cinco semanas. Por último muere ahogado, según se afirma, en medio de una tormenta de verano.

El Cordobés es quien me advierte que lo que hago no está bien visto en el lugar: matar a los gatos. Yo me siento en el balcón, con el sol recto, los elijo, les apunto, y les vuelo la cabeza. El primero es un gato dorado. Duerme y resulta fácil. El segundo cruza los altos de una medianera. De pronto se detiene y pienso que me ha visto. En cualquier caso el único camino que le queda es ese puente en el vacío. No disparo hasta que sigue adelante. Pero un mediodía el Cordobés se me apersona con munición, una camisa casi nueva y cigarrillos: dice el Suizo que aquí a los gatos se les respeta la vida. De modo que resuelvo hacer fuego contra las ratas, cuando los gatos les dan respiro.

Magda fríe en la cocina de los fondos de la planta baja. Todo lo que se come en la pensión, cuando se come, o se roba, por gula o necesidad, es frito. El mejor momento para aventurarse en las tinieblas de ese reino rico suele ser el alba. En las alacenas yacen, por ejemplo, apetitosos restos de filetes o moluscos rebozados: carnes de agua salada, delicias aisladas que enjuagan las grasas saturadas de los guisados del bar. El tema es que Magda, después de un asalto oprobioso, se abstiene de freír una semana.

El Suizo nos convoca a la Plaza. Se le ve una costura reciente, tierna y rojiza, en el brazo derecho. Que no se le pregunte de dónde lo saca porque lo sabe y eso basta: el Rejoneador organiza una caza de coreanos. Ya mismo se alzan barricadas, se mantienen las armas despiertas, se abren bien los ojos. Apenas vuelve la noche, el Cordobés, Schmidt, Magda y yo cruzamos el Arco del Teatro. Nos llevamos seis bancos del Paseo. Madera y fierros para fortificar las puertas de la pensión. Hoy, alegre y vivificada, Magda fríe en la cocina calamaretes asturianos. Es una buena mujer.

El combate con la cuadrilla del Rejoneador resulta desparejo. Perdemos para siempre al Chúcaro y a Gonzalo, un chaval tempestivo aunque escaso de fogueo, y se nos llevan a la rastra a un viejo indefenso, andaluz y herbívoro. Pero los coreanos siguen aquí. A Sung se le escapan las lágrimas. El Suizo lo abraza, le acaricia la cabeza. El Rejoneador no es dios, dice, y Sung, conmovido, le besa las manos.

El cumpleaños de la Japonesa se festeja en la sala de baile Villa Rosa. Es una fecha inolvidable. A falta de oradores de prosapia y de poetas, el Cordobés toma la palabra y afirma que gracias a su temple indeclinable la Japonesa es un espejo heroico. Ella pone sus pies en esta misma sala en el año 1907 y no hay leyes ni hombres capaces de arrancarla de la historia de nuestras calles. Schmidt toca el piano y la gente baila. La tarta es especialidad de Dolores, gallega y carterista retirada por obra de las circunstancias: un bizcochuelo cubierto con crema montada y chocolate. Como fin de fiesta el Suizo autoriza que se sirvan confites, mazapán y anís: no en vano la Japonesa cumple ciento once años.

En el crepúsculo del 30 de setiembre don Alejo, fusilero de montaña condecorado por su arrojo, tiene un encuentro desdichado. Se topa inesperadamente con hombres del Rejoneador ebrios y perdidos en busca de mancebía. Le bajan dos muelas y le matan un ojo a golpes de porras y culatas. Se redoblan la vigilancia nocturna y las guardias invisibles en las calles de acceso.

El Lobito, ahora, con la mirada transpuesta, le saca punta a un palo con un cuchillo castellano. Tiene miedo y escupe. De una ventana, enfrente, salen murciélagos. No por mí, aclara para que no me confunda, sino por ella. El Suizo no ha dicho aún la última palabra, pero es como si lo hubiese hecho. El episodio tiene origen cuando ella se enamora de un hombre, afuera, y vive desde ese instante enajenada en la pasión. Pero el tío, dice el Lobito, resulta pura y simplemente un chulo y ella en un rapto lo cose a puñaladas. Así que el Rejoneador exige que le sea entregada sin resistencia. Y se la entregaremos, porque en esto el Suizo viene a ser tan inclemente como la cuadrilla. Una cosa es vivir acá y otra cosa son los crímenes. El Lobito habla y me revela las leyes que no se escriben. Ella es su hermana Lucía: hoy las chicas son guerreras, recuerda con tristeza el Lobito la canción que hace famoso en los discos al rey del pollo frito, un lumpen vallecano venido a más y moderno con el rock nacional. El Suizo es injusto, se queja el Lobito a lo largo de la guardia que nos toca sin luna. De mañana es más fácil cruzar la frontera, internarse en el Paseo, confundirse con los ciudadanos y con los turistas, vi-borear en el intenso paisaje florido de los mercados y entre los tenderetes de los vendedores de ocasión, y respirar otros aires con menores riesgos. Es lo que hago sin tener presente que los días de suerte torcida, para mí, son los miércoles. Entonces me cruzo con el Rejoneador. El está solo y yo también. Tiene una sonrisa cruel que le blanquea el rostro oliváceo. Me pregunta sin ánimo de captura por qué diablos me mezclo en la política del Barrio Chino y le digo que no lo sé, a ciencia cierta, que sólo me encuentro aquí de paso pero que el acoso y la tunda que me surte su cuadrilla me recluyen en el Barrio. Me distraigo descubriéndole un diente de oro pero a él le interesa conocer mi oficio. Le digo que soy sparring y esto al Rejoneador le despierta el interés. Con la intención de zafar agrego que soy el sparring preferido de Korchnoi. En este punto la incertidumbre se le asoma a la mirada: no me suena, Korchnoi. Es un peso pesado argentino, le digo y me alejo, me pierdo de su vista en la muchedumbre, en la sombra de los plátanos, y el olor de mis huellas se lo lleva la brisa que sube desde el mar.

Un mes después, en la Plaza, el Suizo nos informa que el Rejoneador y su cuadrilla cruzarán la frontera en busca de filipinos y sudamericanos, de modo que se montan barricadas, se advierte a las armas y se abren bien los sentidos. El Suizo me invita al bar y pedimos aguardiente. Canturrea, sombrío, mientras bebe. Oigo su voz destemplada como el alma de la victoria. Piensa, quizá, que todavía no entiendo y me cuenta que conoce ciudades donde las leyes son peores. Sin embargo yo ya sé que nadie es inocente hasta que se demuestre lo contrario y que aquí, en estas calles, para bien o para mal, él es el jefe injusto y necesario.

borear en el intenso paisaje florido de los mercados y entre los tenderetes de los vendedores de ocasión, y respirar otros aires con menores riesgos. Es lo que hago sin tener presente que los días de suerte torcida, para mí, son los miércoles. Entonces me cruzo con el Rejoneador. El está solo y yo también. Tiene una sonrisa cruel que le blanquea el rostro oliváceo. Me pregunta sin ánimo de captura por qué diablos me mezclo en la política del Barrio Chino y le digo que no lo sé, a ciencia cierta, que sólo me encuentro aquí de paso pero que el acoso y la tunda que me surte su cuadrilla me recluyen en el Barrio. Me distraigo descubriéndole un diente de oro pero a él le interesa conocer mi oficio. Le digo que soy sparring y esto al Rejoneador le despierta el interés. Con la intención de zafar agrego que soy el sparring preferido de Korchnoi. En este punto la incertidumbre se le asoma a la mirada: no me suena, Korchnoi. Es un peso pesado argentino, le digo y me alejo, me pierdo de su vista en la muchedumbre, en la sombra de los plátanos, y el olor de mis huellas se lo lleva la brisa que sube desde el mar.

Un mes después, en la Plaza, el Suizo nos informa que el Rejoneador y su cuadrilla cruzarán la frontera en busca de filipinos y sudamericanos, de modo que se montan barricadas, se advierte a las armas y se abren bien los sentidos. El Suizo me invita al bar y pedimos aguardiente. Canturrea, sombrío, mientras bebe. Oigo su voz destemplada como el alma de la victoria. Piensa, quizá, que todavía no entiendo y me cuenta que conoce ciudades donde las leyes son peores. Sin embargo yo ya sé que nadie es inocente hasta que se demuestre lo contrario y que aquí, en estas calles, para bien o para mal, él es el jefe injusto y necesario

REVELE SUS FOTOS EN
CUORE
FOTOCOLOR EN MINUTOS
Y PLANTE UN ARBOL CON IDEA EN MAR DEL PLATA

Verano/12





Mimo y plástica para niños en función especial.

MUSICA

• Esta noche presentación del Coro del Club San Fernando, dirigido por el maestro Raúl Fritzche, el Coro Musideas de La Plata a cargo de Diego Iturrería, y el Coro de Turistas, los adultos dirigidos por Angel Concilio y los chicos por Silvina Cañoni, en el Anfiteatro del Pinar. A partir de las 21.30 en la Av. 10 y el Paseo 102. Entrada libre y gratuita.

• Marcelo Devries, guitarra, bossa-nova. Desde las 22 en Las Cortaderas, Av. Buenos Aires y Circunvalación. Esta noche, mañana y el viernes.

• Canto Bar en Cadaqués, con Marina Delía, en coros Fernando. En el parador Cadaqués, todas las noches en Av. Costanera y Calle 303.

• Los Angeles, covers, todas las noches desde las 23 en Altra Birra. Alameda 202 y Av. Buenos Aires.

• Los Náufragos (creadores de "Zapatos rotos", etc.). Todas las noches a la 0.30 en el Balneario Charlie, Av. Costanera y Paseo 108.

• El sábado presentación del Coro del Club San Fernando, dirigido por el maestro Raúl Fritzche, el Coro Musideas de La Plata a cargo de Diego Iturrería, y el Coro de Turistas de Niños y Adultos, en el Anfiteatro del Pinar. A partir de las 21.30 en Av. 10 y Paseo 102. Entrada libre y gratuita.

• Aguante Baretta, rock, en el Paseo de Compras Camino Real. El sábado desde las 23, Paseo 104 y Av. 4. Entrada libre y gratuita.

• Rulo Vignollés, jazz, trío de guitarra, bajo y saxo. Viernes y sábado por la noche a partir de las 23 en el Bel Motel Loft, Alameda 206 y Calle 303.

• Las Sabrosas Sarigüeyas, salsa (grupo integrado por chicos de 15 años), en el Paseo de Compras Camino Real. El domingo a las 23. Gratis, en Paseo 104 y Av. 4.

• El domingo cierre de temporada en el Anfiteatro del Pinar, presentación del Grupo Vocal Arsis Nova de Mar del Plata con el espectáculo *Según pasan los años*, dirigido por Graciela Véspoli. A partir de las 21.30 en el Paseo 102 y la Av. 10, entrada libre y gratuita.

• Cursos de Iniciación Coral para adultos todos los días desde las 18.30 a cargo del maestro Angel Concilio en el Anfiteatro del Pinar, Av. 10 y Paseo 102.

• La Mar en Coche, boliche rockero, presentación de grupos de rock. Todas las noches después de la 1 de la madrugada. En el Paseo 105 entre avenidas 2 y 3.

TEATRO

• *El señor del baño*, con Rudy Chernicof. Monólogos sobre la actualidad. En la Asociación Bancaria, Av. 1 y Paseo 118 a las 22.30, entrada libre y gratuita. El mismo espectáculo se presenta el sábado a las 22.30 en Avenida 2 y Paseo 108, Hotel 25 de Noviembre, y el próximo martes en Playa y Paseo 126, Balneario Fredda a las 22.30.

• *La risa es salud*, de Rudy Chernicof, con las Diab-less, encargadas de presentar cada monólogo con un sugestivo topless. Escenas de la vida cotidiana. A las 22.30, entrada 12 pesos, en Av. 3 y Paseo 109. Este viernes despedida.

• *La lección de anatomía*, de Carlos Mathus. Clásico, con 8 actores en escena. Todos los domingos de febrero a las 23 en Casa de la Cultura, Av. 3 y Paseo 109, precio de la entrada 12 pesos.

• *Deschave de matrimonios*, de Zuhair Jury. Comedia picaresca dirigida por Edgardo Cané. Con la actuación de Tincho Zabala, Beatriz Taibo, Sandra Domínguez y Antonio Caride. A pedido del público, 2 funciones a las 22 y a las 23.30 del próximo lunes. En la Casa de la Cultura, Av. 3 y Paseo 109, entrada 12 pesos, jubilados 10 pesos.

• *El último varón*, de Jorge Bellizzi. Comedia interpretada por Darío Vittori, Cristina del Valle y María Alexandra. Mañana jueves en el Teatro San Martín 2 en el Paseo 105, entre avenidas 2 y 3. A las 22.30, entrada 15 pesos.

PIBES

• Iniciación Coral para niños a cargo de Silvina Cañoni, todos los días a partir de las 15 en el Anfiteatro del Pinar, Av. 10 y Paseo 102.

• Todas las noches presentación de espectáculos callejeros de títeres, mimos y contorsionistas en la Peatonal, Av. 3 entre los paseos 104 y 108.

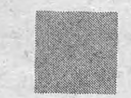
• *La aventura de vivir*, del titiritero gesellino Fabián Villarreal. Para los chicos, el tema es la defensa del medio ambiente. En la Casa de la Cultura, Av. 3 y Paseo 109. Todos los viernes y domingos de febrero a las 20.30. Entrada 3 pesos.

• *Dulce Gusi*, de Fabián Villarreal, títeres. Exclusivamente los días de lluvia a las 19.30 en la Casa de la Cultura, Av. 3 y Paseo 109. Entrada 3 pesos.

• Las Cortaderas, mimo y plástica. Todos los días y hasta el sábado Juan Carlos Occhipinti, coordinador de las actividades para los chicos, cierra el ciclo con una función en la que Pasta presenta a Tato, el muñeco gigante. A las 20 en Av. Buenos Aires y Circunvalación.

• Master-park, parque cubierto. Laberinto, gusanos, cuatriciclos, carrousel de dos plantas. En Av. 3 entre paseos 102 y 104.

• Cabalgatas para niños desde los 3 años en el Centro de Equitación. Todos los días entre las 15.30 y las 17. Boulevard y Paseo 102.



DEPORTES Y JUEGOS DE PLAYA

• Escuela de minivoley de 16.30 a 17.30, todos los miércoles, viernes y sábados en playa entre los paseos 112 y 113.

• Todos los días gimnasia aeróbica, por la mañana de 10.30 a 11.30, y por la tarde de 17.30 a 19.30. Sorteos y premios, en el miniestadio de playa entre los paseos 112 y 113.

• El sábado y domingo fin de los juegos de verano con la Regata Kayak Campeonato Nacional en el Mar. A partir de las 10 en playa entre paseos 112 y 113.

• A las 16 maxijuegos recreativos, tipo telematch, para adultos en el miniestadio de playa entre paseos 112 y 113.

• En Windsurf Badón de Nigeria a partir de las 17 clases de aerobic al ritmo de cumbias. En playa y Paseo 108.

PASEOS

• Feria Artesanal Regional y Artística. Exponen artesanos locales y de otros lugares del país, elegidos por sus trabajos en cerámica, metales, cueros, maderas y otras especialidades. En la Av. 3 entre paseos 112 y 113, todas las noches hasta las 2 de la madrugada.

• Mar Azul. Al sur de Villa Gesell, localidades con bosques que llegan hasta el mar. Se llega en cuatriciclos, cabalgando, autos o en el 504, él ómnibus local, que sale de la terminal de Av. 3 y 140.

• Desde esta noche y hasta el sábado 26 cabalgatas de luna llena, se sale a las 20 y dura 2 horas desde el Centro de Equitación, Boulevard y Paseo 102.

• La Casa de las 4 Puertas o Museo y Archivo Histórico Municipal. Está emplazado en lo que fuera la primera vivienda familiar de Carlos Gesell. Su construcción data de 1932 y se halla en su totalidad en forma original. Conocida como la Casa de las 4 Puertas, porque Gesell previó posibles obstrucciones de arena durante los primeros años de fijación de dunas. Una galería perimetral como único medio de obtener sombras (cuando se levantó la casa no había nada de vegetación). Visitas guiadas en alemán e inglés, horario diario de 9 a 13 y de 17 a 21. En el Pinar entre Alameda 202 y Calle 302. Tel. (0255) 6-8624.